

PRIMERAS PÁGINAS
“LOS RENGLONES TORCIDOS DE DIOS”



Los renglones torcidos de Dios

Novela

Biografía

Torcuato Luca de Tena (Madrid, 1923-1999), licenciado en Leyes, corresponsal permanente de prensa en Londres, Washington, Oriente Medio y México, ex director de *ABC*, miembro de número de la Real Academia Española, publicó su primera obra en Chile a los dieciocho años.

Desde entonces dedicó su vida al periodismo activo y a la creación literaria. Sin desdeñar obras tan considerables como *Los hijos de la lluvia* o *La brújula loca*, sus mayores éxitos los obtuvo con sus dos novelas *Edad prohibida* y *Los renglones torcidos de Dios*. Torcuato Luca de Tena cultivó el teatro, la poesía, el cuento y el ensayo histórico, aunque según confesiones propias es en el género novelesco donde trabajaba con mayor satisfacción.

Premio Nacional de Literatura, Premio Fastenrath de la Real Academia Española, Premio de la Sociedad Cervantina de Novela y Premio Planeta, también es autor de *Escrito en las olas*, *La llamada*, *Las tribulaciones de una chica decente*, *Paisaje con muñeca rota* y *Primer y último amor*, entre otras. En el género ensayístico destacan *América y sus enigmas*, *Papeles para la pequeña y la gran historia* y *Franco, sí, pero...*, con el que obtuvo el Premio Espejo de España 1993.

¡*Mercedes, Mercedes!* fue su última novela publicada. En 2000, Editorial Planeta publicó sus *Poemas inéditos*, obra póstuma de Torcuato Luca de Tena.

Torcuato Luca de Tena

Los renglones torcidos de Dios

Prólogo de Juan Antonio Vallejo-Nágera

 Planeta

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Torcuato Luca de Tena, 1979
© Editorial Planeta, S. A., 2005
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la cubierta: Opalworks
Ilustración de la cubierta: Getty Images
Primera edición en esta presentación en Colección Booket: noviembre de 2005

Depósito legal: B. 33.159-2005
ISBN: 84-08-06182-8
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Los renglones torcidos de Dios son, en verdad, muy torcidos. Unos hombres y unas mujeres ejemplares, tenaces y hasta heroicos, pretenden enderezarlos. A veces lo consiguen. La profunda admiración que me produjo su labor durante mi estadía voluntaria en un hospital psiquiátrico acreció la gratitud y el respeto que siempre experimenté por la clase médica. De aquí que dedique estas páginas a los médicos, a los enfermeros y enfermeras, a los vigilantes, cuidadores y demás profesionales que emplean sus vidas en el noble y esforzado servicio de los más desventurados errores de la Naturaleza.

T. L. DE T.

Para escribir este libro, el autor —después de visitar numerosos manicomios— ingresó en un hospital psiquiátrico y convivió, como un loco más, entre los locos. Casi todos los enfermos mentales, cuyos avatares se relatan (y que en la obra aparecen bajo la común denominación de los «Renglones torcidos de Dios»), han sido conocidos y tratados por el escritor. Con todo, el autor ha cambiado nombres, sexos, edades y lugares de procedencia. Aquellos que son fruto exclusivo de su invención, son, no obstante, similares a otros, clínicamente encuadrados y clasificados, dentro de la gran variedad de perturbaciones de la mente. No obstante, esta obra no es un tratado de psiquiatría. Es novela y sólo novela. Si los tipos son retratos, copiados de la realidad, sus historias, en cambio, son ficticias y fruto de la exclusiva imaginación del novelista. El manicomio próximo a Zamora conocido por Hospital Psiquiátrico de Nuestra Señora de la Fuentecilla, instalado en el edificio de una antigua cartuja, no existe en la realidad: es un compendio novelado de otros muchos y su inspiración más próxima es aquel en que voluntariamente ingresó T. L. de T. simulando una psicosis depresiva, para mejor conocer, desde dentro, la pavorosa realidad que pretendía describir.

La verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma que, cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca.

ENRIQUE HEINE

PRÓLOGO

Es muy llamativa la afición de Torcuato Luca de Tena a los temas psiquiátricos, el acierto con que los desarrolla, la precisión de conceptos técnicos y la verosimilitud clínica de muchas de sus historias.

La predilección por estos temas ignoro qué origen tiene, pero todo lo demás no se le ha dado de modo gratuito. Desde que se propuso escribir su gran novela Pepa Niebla, y la versión teatral Hay una luz sobre la cama, Luca de Tena emprendió una tarea en la que he visto fracasar a varios escritores que iniciaron el mismo empeño: documentarse estudiando Psiquiatría.

Es mucho más difícil de lo que parece a primera vista. Incluso los estudiantes de Medicina al llegar a esta asignatura tienen dificultades con los textos, por el lenguaje y conceptos que no han empleado antes en sus estudios. Torcuato Luca de Tena no era el primer escritor que me pedía unos libros. Cuando los devolvían, las pocas veces que eso ocurrió, comprendí que pronto los habrían desbordado la confusión y el aburrimiento. Generalmente prescinden de su aspiración inicial a una verosimilitud técnica; y bajo el esquema de «se non è vero è ben trovato» inventan la historia según la inspiración les dicta.

Desde el punto de vista literario es indiferente. Existen obras maestras, de las que un exponente destacado son Don Quijote y El licenciado Vidriera, que podrían ser historias clínicas reales. Otros libros de máximo rango que tratan te-

mas psiquiátricos lo hacen con menos precisión. El mundo del enfermo mental es coherente consigo mismo. Sus actos, absurdos para el espectador, siguen unas leyes que éste desconoce, pero no son arbitrarios. El portador de cada enfermedad mental actúa de un modo específico, distinto al de los afectados por otra dolencia, y al de las personas «normales». Los patrones de conducta encajan como piezas de un mosaico. Y esto no lo sabe remedar el escritor. Los enfermos de las novelas rara vez son enfermos reales, clínicamente congruentes. No importa. No se pretende hacer una tesis doctoral, sino una novela.

A nadie se le ocurre hoy día enjuiciar el cuadro de un pintor informalista por el reflejo de la realidad. Haría el ridículo el comentarista que criticase de un retrato de Picasso el que no guarda las proporciones anatómicas. El mismo criterio se aplica a las obras literarias. Lo importante es su valor literario intrínseco, no el documental.

Por eso me sorprendió tanto el empeño de Torcuato Luca de Tena en lograr coherencia psicopatológica en el protagonista de Pepa Niebla, y mucho más el comprobar que lo conseguía. Además de devolverme los libros prestados los había asimilado perfectamente. Por añadidura demostró una habilidad casi diabólica para reinterpretar los síntomas, variando constantemente el diagnóstico según conviene a su relato, sin perder verosimilitud clínica. En una consulta de médicos nos hubiera puesto en grave aprieto a los psiquiatras.

Tan notoria e infrecuente es esa facultad del novelista que nos ocupa que, comentándolo con algunos colegas tras el estreno de Hay una luz sobre la cama, decidimos nombrarle «psiquiatra honorario». Como por entonces se fraguaba nombrarle académico, pensamos que eso le causaría más ilusión.

Ahora nos lo tenemos que volver a plantear, pues Luca de Tena aborda de nuevo, en una obra muy importante, Los renglones torcidos de Dios, la enfermedad mental como tema básico.

Lógicamente tenía sus antiguos conocimientos un tanto oxidados por lo que volvió a pedir libros, que también esta vez ha devuelto y asimilado.

En la ocasión anterior le bastaba profundizar en el mundo interno de un solo enfermo, para engarzarlo en una historia. Ahora la pretensión es mucho más ambiciosa. La obra ocurre íntegramente en un hospital psiquiátrico y decidió ambientarla con rigor.

Esta aspiración también la han compartido otros escritores, y suelen creer lograrla con una apresurada visita a un manicomio, del que salen un poco pálidos y con ideas mucho más confusas que cuando entraron.

Torcuato Luca de Tena, en este caso, desbordó mi capacidad de cooperación. Creo que al lector puede divertirle el relato de nuestra conversación que intento reproducir fielmente.

Me expuso que precisaba mi ayuda, pues, para documentarse y describir certeramente el ambiente de un manicomio, deseaba ingresar en él.

V.-N.—Puedes ingresar voluntariamente en una clínica psiquiátrica para una cura de reposo, que te vendrá muy bien, y de paso te ambientas.

L. DE T.—No me sirve una clínica privada. La novela ocurre en un gran hospital psiquiátrico del Estado.

V.-N.—Creo que también puedo arreglarlo. Pide ingreso voluntario para observación, en habitación de pago para no estafar al Estado y, mientras los médicos lo piensan, tienes unos días para observarlos a ellos y a sus enfermos, que es lo que deseas.

L. DE T.—No, no me has entendido, quiero ingresar como si fuese un enfermo. Pasar por todos los trámites habituales de inscripción, obstáculos burocráticos, desconcierto, no tener una mano amiga ni un punto de apoyo. Todo lo que imagino ocurre a los enfermos. Quiero vivirlo.

V.-N.—Eso ya es más complicado, tanto legalmente como para la relación personal con mis colegas. Hablaré con el director...

L. DE T.—Sigues sin comprender. No quiero que hables con el director. Debo entrar con un certificado, en ingreso no voluntario, y de incógnito, con nombre supuesto, para que la situación sea totalmente auténtica, con todos sus riesgos y penalidades.

Sus imposiciones me iban gustando cada vez menos, por lo que le dije que, si las mantenía todas, yo no quería saber nada del asunto, que se las arreglase por su cuenta.

No contaba con la tenacidad de este autor. ¡Se las arregló!

Logró permanecer dieciocho días en el hospital de una provincia periférica. Son muchos días, y especialmente muchas noches. El fruto de este sacrificio lo tiene el lector en sus manos.

¿Sería el libro inferior sin tal experiencia? Sería distinto, y en muchos aspectos menos interesante. ¿Es exacto todo lo que describe? No todo. Ha utilizado algunas «licencias literarias». En mis muchos años de médico, y luego director de hospitales psiquiátricos, jamás he tenido noticia de un registro tan extremo, incluso ginecológico, como el padecido por la protagonista. Tampoco los tratamientos de insulina «conducen al borde de la muerte» al paciente, ni le «dejan una hora en la agonía». Los médicos no pueden comentar las interioridades de los pacientes ni con otros enfermos ni con nadie; y deben tener suma cautela para no erotizar su relación con pacientes del otro sexo. Fácilmente se comprende que para la exposición de los personajes, tan distintos a los que el lector puede encontrar en su vida cotidiana y que precisan una explicación, el autor ha recurrido a que los médicos se los expongan a la protagonista. También conceder cargas sentimentales a su mutua relación, potencia la novela como tal. Son deformaciones deliberadas y admisibles del escritor.

El autor se ha esforzado por exponer de un modo comprensivo y ecuánime el desconcertante espectáculo de las escuelas psiquiátricas en colisión, que tanto perjudican a enfermos y hospitales. Como observador bienintencionado ha tratado de destacar lo que de bueno puede haber en cada una de las orientaciones encontradas.

Yo he pretendido, sin éxito, que suprimiese el registro, y especialmente el carácter terrorífico del tratamiento, utilizado además como amenaza por el médico, lo que sería una conducta monstruosa por su parte. Luca de Tena se ha negado porque dice precisar ambas cosas para el refuerzo emocional de la novela; y dar carga expresiva a esas escenas.

El lector se preguntará por qué me empeño en enmendarle la plana si advertí desde un principio que la fidelidad documental es indiferente desde el punto de vista del valor literario. Del literario sí, no del humano. No estamos hablando de un mundo imaginario, sino de lo que es triste realidad para más de cuarenta mil enfermos psíquicos hospitalizados en España, y para sus familias y allegados. A toda persona que tenga un ser querido hospitalizado, o en trance de serlo, tienen que angustiarse estas imágenes. Bastante sombrío es el panorama real. Generosamente me ha permitido aclararlo en el prólogo.

Existen algunos temores que parecen innatos por lo extendidos que están, al menos en nuestra cultura. Todos hemos sentido alguna vez un estremecimiento ante la idea de poder ser enterrado vivo por error. También ante el encierro en un manicomio, en el que nuestros esfuerzos por salir convencen a todos de que deben retenernos allí indefinidamente. La posibilidad de que nos ocurra es la misma para ambas situaciones. Muy remota por fortuna.

El encierro en el hospital es el tema de fondo de toda la novela. El talento excepcional de Torcuato Luca de Tena para las piruetas de la fantasía arrastra al lector por un torrente de esperanzas, decepciones, anhelos y pasiones, que, como en un calidoscopio, cambia de configuración con cada movimiento del escritor. La brillantez polémica del novelista adquiere al final carácter de magia. Es como si con las piezas de un mismo rompecabezas nos crease sucesivamente imágenes completas, totalmente distintas en cada nueva reconstrucción. Pero... es mucho mejor que el lector lo compruebe por sí mismo.

JUAN ANTONIO VALLEJO-NÁGERA

A

UN HOMBRE Y UNA MUJER

EL AUTOMÓVIL perdió velocidad.

—Creo que es aquí —dijo el hombre.

Movió el volante hasta salirse del asfalto. Detuvo el coche en una explanada de hierba; descendió y caminó unos metros hasta el borde del altozano. La mujer le siguió.

—Mira —dijo él, señalando la lontananza.

Desde aquella altura, la meseta castellana se extendía hasta el arco del horizonte tersa como un mar. Tan sólo por levante el terreno se ondulaba diseñando el perfil de unas lomas azules y pálidas como una lejanía de Velázquez. Unos chopos, agrupados en hilera, cruzaban la inmensidad; y no era difícil adivinar que alimentaban sus raíces en la humedad de un regato, cuya oculta presencia denunciaban. El campo estaba verde, pues aún no había comenzado el trigo a amarillear ni la cebada. Centrada en el paisaje había una sola construcción humana, grande como un convento o como un seminario.

—Allí es —dijo el hombre.

La tapia que rodeaba por todas partes el edificio estaba muy apartada de la fábrica central, con lo que se presumía que la propiedad debía de ser vastísima. El cielo estaba diáfano, y las pocas nubes que por allí bogaban se habían concentrado todas en la puerta del ocaso.

—¿Qué hora es?

—Nos sobra tiempo.

15

—Estás muy callada.

—No me faltan razones.

Subieron al coche y lo dejaron deslizar, sin prisa, por la suave pendiente.

Las tapias vistas de cerca eran altísimas. No menos de cuatro metros. Algún día estuvieron encaladas. Hoy la lechada, más cerca del color de la tierra circundante que de su primitiva albura, caía desprendida como la piel de un hombre desollado. Llegaron a la verja. Candados no faltaban. Ni cerrojos. Pero timbre o campana no había.

Bajaron ambos del coche a la última luz del día, y observaron entre los barrotes. Plantado en el largo camino que iba hasta el edificio, un individuo, de muy mala catadura, los observaba.

—¡Eh, buen hombre, acérquese! —gritó él, haciendo al-tavoz con las manos.

Lejos de atenderle, el individuo se volvió de espaldas y comenzó a caminar parsimoniosamente hacia el edificio.

—¿No me oye? ¡Acérquese! ¡Necesitamos entrar!

—Sí, te oye, sí —comentó la mujer—. A medida que más gritas, más rápido se aleja. ¡Qué extraño es todo esto! ¿Qué haremos ahora?

—¡No estés nerviosa!

—¿En mi caso... no lo estarías tú?

—Calla. Creo que viene alguien.

La penumbra era cada vez más intensa.

—¿Qué desean? —preguntó un individuo con bata blanca, desde lejos.

El hombre agitó un papel, y respondió a voces.

—¡Es de la Diputación Provincial!

El recién llegado no se dio prisa en acercarse. Al llegar, posó los ojos en el escrito y en seguida sobre la mujer con insolente curiosidad.

—Pasen —dijo. Y entreabrió la puerta—. ¡Llegan ustedes con mucho retraso!

—¿No podemos entrar con el automóvil?

—A estas horas, ya no.

—Es que... llevamos algún equipaje.

—Yo los ayudaré.

Abrieron el portamaletas y sacaron los bultos.

El camino era largo y la oscuridad se espesaba por momentos. La mujer amagó un grito al divisar una sombra humana cerca de ella, que surgió inesperadamente tras un boj. El de la bata blanca gritó:

—¡«Tarugo»! ¡Vete para dentro! ¿Crees que no te he visto? Oyéronse unos pasos precipitados.

—No se preocupen —comentó el guía—. Es un pobre idiota inofensivo.

La fachada del edificio y la gran puerta de entrada se conservaban como hace ocho siglos, cuando aquello era cartuja. Cruzaron el umbral; de aquí a un vestíbulo y más tarde a un claustro soberbio, de puro estilo románico. «1213», rezaba una inscripción grabada en piedra. Y debajo, en latín, un elogio a los fundadores. Los demás rótulos eran modernos. Uno decía «Gerencia», otro «Asistencia social». Cruzaron bajo un arco, sin puerta, en el que estaba escrito: «Admisiones.» Todo lo que había más allá de este hueco era de construcción reciente, convencional y de mal gusto.

Anduvieron varias veintenas de pasos. Todo era grande —inútilmente grande— en aquel edificio.

—Siéntense aquí, y esperen.

Le vieron abrir una puertecilla (de dimensiones normales esta vez) y tras ella, un despacho moderno y bien iluminado. Al cerrarse la hoja, la penumbra volvió a cernirse sobre la galería. El hombre apoyó una mano firme y cálida sobre la de ella. El dorso de la de la mujer estaba húmedo y frío.

—Todo saldrá bien. ¡Gracias por tu coraje, Alice Gould! ¡Ánimo y suerte!

Fueron las últimas palabras que ella le oyó en vida.

El doctor don Teodoro Ruipérez ojeó los papeles que el enfermero acababa de depositar sobre su mesa. Todo estaba en regla: la solicitud de ingreso, firmada por el marido

como pariente más próximo; el informe médico aconsejando el internamiento y el oficio de la Diputación concediendo la plaza. El médico leyó a trozos el formulario oficial: *Nombre de la enferma*: Alice Gould. *Nombre del pariente más próximo*: Heliodoro Almenara. *Parentesco*: marido. *Último domicilio*: Madrid. *¿Ha estado recluida anteriormente?*: No. *Diagnóstico provisional*: Paranoia. *Firma del colegiado*: Dr. E. Donadío. El reconocimiento de firma del delegado provincial de Medicina era ilegible.

Además de estos papeles había una carta particular del doctor Donadío al director don Samuel Alvar. Como éste disfrutaba de sus vacaciones, Ruipérez se consideró autorizado a abrirla.

Es condición muy acusada en esta enferma —se decía en la carta— tener respuesta para todo, aunque ello suponga mentir (para lo que tiene una rara habilidad), y aunque sus embustes contradigan otros que dijo antes. Caso de ser cogida en flagrante contradicción, no se amilana por ello, y no tarda en encontrar una explicación de por qué se vio forzada a mentir antes, mientras que ahora es cuando dice la verdad. Y todo ello con tal coherencia y congruencia que le es fácil confundir a gentes poco sagaces e incluso a psiquiatras inexpertos. A esta habilidad suya contribuyen por igual sus ideas delirantes (que, en muchos casos, la impiden saber que miente) y su poderosa inteligencia.

Guardó el doctor Ruipérez los papeles, con intención de leer en otro momento con mayor cuidado el historial clínico, y pulsó el timbre. Observó con curiosidad y atención a la recién llegada. Aparentaba tener poco más de cuarenta años y era muy bella. Tenía más aspecto de una dama sajona o americana del Norte que el común en una española: la piel muy blanca, ligeramente pecosa, labios atractivos, nariz aristocrática, pelo rubio ceniza, tal vez teñido, tal vez natural (que de esto el doctor Ruipérez no entendía mucho), y manos finas, de largos dedos, muy bien cuidados. Vestía un traje claro de color crema, como correspon-

día a la estación (muy próxima ya al verano), y enganchado al borde del escote un broche de oro y esmalte, que representaba una flor. «Demasiado bien vestida para este centro —pensó Ruipérez—. ¿Dónde cree que viene? ¿Al casino?»

—Pase por favor, señora, y siéntese.

Ella, todavía junto al quicio de la puerta, pareció dudar. Dio unos pasos muy lentos, y sentóse casi al borde de la silla, erguido el busto, las rodillas muy juntas y las manos desmayadas sobre el regazo. Pensó el médico que iba a notar en su rostro alguna señal de angustia o ansiedad. No fue así. Al volverse, sus ojos, grandes y claros —de un azul casi translúcido—, parecían indiferentes, altivos y distantes.

A Ruipérez le inquietaban los primeros encuentros con los enfermos. El momento más delicado, antes del duro trance del encierro, era el de recibirlos, sosegar sus temores, demostrarles amistad y protección. Mas he aquí que esta señora —tan distinta en su porte y en su atuendo a los habituales pacientes— no parecía demandar amparo, sino exigir pleitesías. No obstante, era una paciente como todas, una enferma más. Su mente estaba tocada de un mal cruel y las más de las veces incurable.

Fue ella quien se adelantó a preguntar, con voz tenue:

—¿Es usted don Samuel Alvar?

—No, señora. Soy su ayudante. El director está ausente.

Ella se inclinó hacia él. En el bolsillo de su bata blanca estaba bordado su nombre con hilo azul. «Doctor Teodoro Ruipérez.»

El médico hizo una pausa, tosió, tragó saliva.

—Dígame, señora: ¿sabe usted qué casa es ésta?

—Sí, señor. Un manicomio —respondió ella dulcemente.

—Ya no los llamamos así —corrigió el doctor con más aplomo—, sino sanatorio psiquiátrico. *Sanatorio* —insistió separando las sílabas—. Es decir, un lugar para *sanar*. ¿Puedo hacerle unas preguntas, señora?

—Para eso está usted ahí, doctor.

—¿Querrá usted responderme a ellas?

—Para eso estoy aquí.

El doctor trazó, como al desgaire, unas palabras en un bloque: «aplomo», «seguridad en sí misma», «un dejo de insolencia...». Intentó conturbarla.

—No ha contestado directamente a mi pregunta. ¿Qué es lo que le pregunté?

—Que si querré responder a su interrogatorio. Y mi respuesta es afirmativa. Soy muy dócil, doctor. Haré siempre lo que se me ordene y no daré a nadie quebraderos de cabeza.

—Es un magnífico propósito —dijo sonriendo el médico—. Su nombre de soltera es...

—Alice Gould, como el de una famosa historiadora americana, pero es pura coincidencia. Ni siquiera somos parientes.

—¿Nació usted?

—Plymouth (Inglaterra), pero he vivido siempre en España y soy española de nacionalidad. Mi padre era ingeniero y trabajaba al servicio de una compañía inglesa, en las Minas de Río Tinto, que, en aquel tiempo, eran de capital británico. Aquí se independizó, prosperó y se quedó para siempre. Y aquí murió.

—Hábleme de él.

—Poseía un gran talento. Era un hombre excepcional.

—¿Se llevaban ustedes bien?

—Nos queríamos y nos apreciábamos.

—¿Qué diferencia ve usted entre esos dos sentimientos?

—El primero indica amor. El segundo, estimación intelectual: es decir, admiración y orgullo recíprocos.

—¿Su padre la admiraba a usted?

—Ya he respondido a esa pregunta.

—¿Se sentía orgulloso de usted?

—No me gusta ser reiterativa.

—Hábleme de su madre.

—Sé muy poco de ella, salvo que era bellísima. Murió siendo yo muy niña. Se llamaba Alice Worcester.

—¿Tiene usted parientes por su rama materna?

—No.

—¿En qué año murió su padre?

—Hace dieciséis. Al siguiente de mi matrimonio.

—¿Tenía su padre algún pariente próximo?

—Un hermano menor que él, Harold, que reside en California. Sólo se volvieron a ver de adultos una vez, por azar, y se emborracharon juntos. En Navidad se escribían christmas. Y yo, aunque no le conozco personalmente, muerto mi padre, mantengo la tradición.

—¿Qué tradición?

—La de felicitarle por Navidad.

—Dígame, señora. ¿Cuántos hijos tiene usted?

—No tengo hijos.

—Hábleme de su marido. ¿Es el suyo un matrimonio feliz?

—Mi marido y yo estamos muy compenetrados. Compartimos sin un mal gesto, desde hace dieciséis años, el tedio que nos producimos.

—¿Su nombre es...?

—Alice Gould: ya se lo dije.

—Me refiero al de su esposo.

—Almenara. Heliodoro Almenara.

—¿Qué estudios tiene?

—Él dice que estudió unos años de Derecho. No lo creo. Es profundamente ignorante.

—¿A qué se dedica?

—A perder mi dinero en el póquer y a jugar al golf.

—Y usted, señora, ¿qué estudios tiene?

—Soy licenciada en Ciencias Químicas.

—¿Se dedica usted a la investigación?

—Usted lo ha dicho, doctor. Pero no a la investigación científica, sino a otra muy distinta: soy detective diplomado.

—¡Ah! —exclamó con simulada sorpresa el médico—. ¡Qué profesión más fascinante!

Pero lo que verdaderamente pensaba es que no había tardado mucho la señora de Almenara en declarar uno de sus delirios: *creerse lo que no era*. Pretendió ahondar algo en este tema.

—Realmente fascinante... —insistió el doctor.

—En efecto: lo es —confirmó Alice Gould con energía y complacencia.

—Dígame algo de su profesión.

—¡Ah, doctor! Su pregunta es tan amplia como si yo le pidiera que me hablara usted de la Medicina...

—Relátame alguna experiencia suya en el campo de la investigación privada. Seguramente serán muchas y del máximo interés.

—Cierto, doctor. Son muchas e interesantísimas. Pero todas están incursas en el secreto profesional.

El doctor se reclinó hacia atrás en su sillón, y colocó sus manos debajo de la nuca; postura que, al entender de Alice, era más propia de un balneario para tostarse al sol que del lugar en que se hallaban. Así, a primera vista, no le pareció un hombre de peso. Más que un científico le juzgó un chisgarabís. Sus calcetines verdes se le antojaron horrendos.

—Tengo verdadera curiosidad —dijo el médico mirando al techo— de saber cómo se decidió a profesionalizarse en un campo tan poco usual en las mujeres.

—Muy sencillo, doctor. Yo soy muy británica. No tengo hijos. Odio el ocio. En Londres, las damas sin ocupación se dedican a escribir cartas a los periódicos acerca de las ceremonias mortuorias de los malayos o a recolectar fondos para dar escuelas a los niños patagones. Yo necesitaba ocuparme en algo más directo e inmediato; en algo que fuera útil a la sociedad que me rodeaba, y me dediqué a combatir una lacra: la delincuencia; del mismo modo que usted combate otra lacra: la enfermedad.

—Dígame, señora de Almenara, ¿trabaja usted en su casa o tiene un despacho propio en otro lugar?

—Tengo oficina propia y estoy asociada con otros detectives diplomados que trabajan a mis órdenes.

—¿Dónde está situada exactamente su oficina?

—Calle Caldanera, 8, duplicado; escalera B, piso sexto, apartamento 18, Madrid.

—¿Conoce su marido el despacho donde usted trabaja?

—No.

—¡Es asombroso!

Alice Gould le miró dulcemente a los ojos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor?

—¡Hágala!

—¿Conoce su señora este despacho?

El médico se esforzó en no perder su compostura.

—Ciertamente, no.

—¡Es asombroso! —concluyó Alice Gould, sin extremar demasiado su acento triunfal.

—Este lugar —comentó el doctor Ruipérez— ha de estar obligadamente rodeado de discreción. El respeto que debemos a los pacientes...

La detective no le dejó concluir:

—No se esfuerce, doctor. También yo he de estar rodeada de discreción por el respeto que debo a mis clientes. Nuestras actividades se parecen en esto y en estar amparadas las dos por el secreto profesional.

—Bien, señora. Quedamos en que su marido no conoce su despacho. Pero ¿sabe, al menos, a qué se dedica usted?

—No. No lo sabe.

—¿Usted se lo ha ocultado?

—De ningún modo. Él no lo sabe porque se empeña en no saberlo. Por ésta y otras razones, creo sinceramente que es un débil mental.

—Muy interesante, muy interesante...

Guardó silencio el médico el tiempo de encender un cigarrillo y anotar en su cuaderno:

«Considera a sus progenitores seres excepcionales de los que ha heredado su talento. Ella misma es admirada por un ser superior, como su padre. Todo lo demás es inferior.»

Posó sus ojos en ella.

—¿Conoce usted, señora, *con exactitud* las razones por las que se encuentra aquí?

—Sí, doctor. Estoy legalmente secuestrada.

—¿Por quién?

—Por mi marido.

—¿Es cierto que intentó usted por tres veces envenenar a su esposo?

—Es falso.

—¿No reconoció usted ante el juez haberlo intentado?

—Le informaron a usted muy mal, doctor. No estoy aquí por sentencia judicial. Fui acusada de esa necedad no ante un tribunal sino ante un médico incompetente. Jamás acepté ante el doctor Donadío haber hecho lo que no hice. Del mismo modo que nunca confesaré estar enferma, sino «legalmente secuestrada».

—¿Fue usted misma quien preparó los venenos?

—Es usted tenaz, doctor. De haberlo querido hacer, tampoco hubiera podido. Pues lo ignoro todo acerca de los venenos.

—¡Realmente extraño en una licenciada en Químicas!

—Doctor. No sería imposible que durante mi estancia aquí tuvieran que operarme de los ovarios. ¿Sería usted mismo quien me interviniese?

—Imposible, señora. Yo no entiendo de eso.

—¿No entiende usted? ¡Realmente extraño en un doctor en Medicina!

—Mi especialización médica es otra, señora mía.

—Señor mío: mi especialización química es otra también.

Rió la nueva reclusa sin extremarse y el doctor se vio forzado a imitarla, pues lo cierto es que le había dejado sin habla. De tonta no tenía nada. Podría ser loca; pero estúpida, no.

—En el informe que he leído acerca de su personalidad —comentó Teodoro Ruipérez— se dice que es usted muy inteligente.

Alice sonrió con sarcasmo, no exento de vanidad.

—Le aseguro, doctor, que es un defecto involuntario.

—La palabra exacta del informe es que posee una *poterosa inteligencia* —insistió halagador.

—El doctor Donadío exagera. Le merecí ese juicio cuando le demostré que nunca pude envenenar a mi esposo por carecer de ocasiones y de motivos. Y como le convencí de que carecía de motivo, pero no de posibilidades, la conclusión que sacó es que yo estaba loca, porque es propio

de locos carecer de motivaciones para sus actos. ¿Usted conoce al doctor Donadío?

—No tengo ese honor.

—¡Lástima!

—¿Por qué?

—Porque si le conociera comprendería al instante... que es muy poco inteligente el pobre.

El doctor Ruipérez no pudo menos de sonreír. Aquella mujer de aspecto intelectual y superior manejaba con singular acierto el arte de la simulación, pero ello no era óbice para que fuera declarando frase a frase el terrible mal que la aquejaba. Cada palabra suya era una confirmación de los síndromes paranoicos diagnosticados por el doctor Donadío. Cuando, en otras psicopatías, el delirio del enfermo se manifiesta durante una crisis aguda, no hay nada tan fácil para un especialista como detectarlo. Se le descubre con la facilidad con que se distingue a un hombre vestido de rojo caminando por la nieve; por el contrario, cuando el delirio es crónico, hay que andarse con pies de plomo antes de declarar o rechazar la sanidad de un enfermo. Las esquizofrenias tienen de común con las paranoias la existencia de estos delirios de interpretación: la deformación de la realidad exterior por una tendencia invencible, y por supuesto morbosa, a ver las cosas como no son. Pero así como en las esquizofrenias tales transformaciones de la verdad son con frecuencia disparatadas, incomprensibles y radicalmente absurdas, en las paranoias, por el contrario, suelen estar tan teñidas de lógica que forman un conjunto armónico, perfectamente sistematizado, y tanto mejor defendido con razones, cuanto mayor es la inteligencia natural del enfermo. Esta nueva reclusa no sólo era extraordinariamente lúcida sino estaba persuadida de que su agudeza era muy superior a la media mental de cuantos la rodeaban. Era importante reconstruir cuál era la «fábula delirante» de Alice Gould, cuál la «historia» que su deformación paranoica había forjado en su mente enferma para creerse «legalmente secuestrada». El doctor Ruipérez prefería averiguar esto por sí mismo, y más tar-

de contrastar sus juicios con el diagnóstico del doctor Donadío por medio de un exhaustivo y detenido estudio de su informe.

—Afirma usted, señora, carecer de motivos para haber intentado envenenar a su marido.

—En efecto. Nadie tiene motivos para destruir un espléndido objeto ornamental. Mi decepción, respecto a la vacuidad de su carácter, no puede obcecarme hasta el punto de negar que su exterior es asombrosamente perfecto. Créame que me siento orgullosa cuando leo en los ojos de otras mujeres un punto de admiración hacia su espléndida belleza. ¡Cierto que experimento la misma vanidad cuando alguien en el hipódromo elogia la armonía de líneas del caballo preferido de mis cuadras! ¡Y no se me ocurre por ello matar a mi caballo!

Alice Gould se interrumpió. Una sombra pasó por sus ojos.

—Una mañana ese caballo me coceó. Si sus cascos no hubiesen tropezado en una de las barras transversales de la caballeriza me hubiera matado, sin lugar a dudas. Aquello me afectó mucho. No podía entender cómo un animal al que yo había criado y al que consideraba tan noble, y al que admiraba tanto, sintiese aquella inquina hacia mí. Es la misma sensación de estupor y de dolor que experimento ahora al comprobar la perversidad de mi marido al pretender envenenarme primero y conseguir secuestrarme después.

—¿Su esposo pretendió envenenarla?

—Sí, doctor. Fue a raíz de la reducción que impuse a sus gastos. No me importaba facilitarle dinero para que lo invirtiese en valores productivos o montase un negocio, pero llegó un momento en que no toleré más sus pérdidas de póquer. Estaba enviciado en el juego, y ya le he dicho que es muy poco inteligente: dos combinaciones altamente positivas para arruinarse y arruinarme.

—Dígame: ¿cómo fue ese intento de envenenarla?

—Hacía grandes elogios del plato que estábamos comiendo. Él insistía, mirándome muy fijamente, que comie-

ra más y que no me preocupase tanto por conservar la línea. Yo, súbitamente, me acordé de la ingratitud de mi caballo y lo comprendí todo; con un pretexto me ausenté del comedor, bebí un vaso de agua caliente que me sirvió de vomitivo y devolví la carne envenenada. Él nunca supo que tomé esa precaución; no hizo más que preguntarme durante la sobremesa si me encontraba bien (leyendo yo en sus ojos que lo que deseaba era que me encontrase mal), con lo que confirmé que había intentado envenenarme.

—Afortunadamente no lo consiguió —murmuró el doctor.

—Al no conseguirlo —continuó Alice Gould— varió de táctica. Introdujo veneno entre sus medicinas y, con el mayor secreto, las hizo analizar a un médico amigo suyo. Éste, de buena fe, llegó a la conclusión de que era yo quien pretendía eliminar a Heliodoro, y aconsejó a mi marido que me sometiese a la observación de un psiquiatra, que es exactamente la respuesta que Heliodoro quería escuchar. Entre esto, la ignorancia del doctor Donadío y una muy defectuosa legislación respecto a la reclusión de enfermos en los sanatorios psiquiátricos, mi secuestro legal pudo ser consumado.

—Y dígame, señora de Almenara, ¿qué motivos tendría su marido para hacer esto?

—Está muy claro, doctor: al eliminarme se convierte en el administrador legal de mi fortuna y da un paso muy importante para declararme pródiga e impedir que pueda disponer libremente de mis bienes: ¡sus deudas de póquer ya están aseguradas!

(Ruipérez anotó en un papel: «fábula delirante perfectamente urdida y razonada». Conclusión provisional: «paranoica pura».)

—Antes de concluir, señora de Almenara, ya que la están esperando para realizar algunos trámites previos a su ingreso, quisiera expresarle una perplejidad. Es evidente que está usted dotada de una clara inteligencia y que posee además una especialización profesional que la habilita

para descubrir las argucias, las trampas, los engaños con que se enmascaran los delincuentes. De otra parte tenemos un delincuente, su marido, de mediocre inteligencia y de espíritu poco cultivado. ¿Cómo es posible que en esta lucha entablada entre ambos el inferior haya logrado imponerse al superior?

Alice Gould se sonrojó visiblemente. Con todo, su contestación fue fulminante:

—Le responderé con otra pregunta, doctor: ¿eran Anás y Caifás superiores a Cristo?

El médico no supo qué decir. La réplica de la mujer le cogió por sorpresa.

—¡Y no obstante le crucificaron! —concluyó Alice Gould.

El doctor Ruipérez miró el reloj y se puso en pie. Ella permaneció sentada.

Sus ideas delirantes —pensó el doctor— se afianzaban, en la idea de superioridad sobre cuantos la rodeaban, sin excluir a su propio médico particular, el doctor Donadío, cuyo diagnóstico, según lo que iba viendo y oyendo, resultaba acertadísimo. Desde ahora se atrevería a apostar cuál sería la conducta futura de su nueva paciente: dar tal sensación de normalidad en sus dichos y en su comportamiento que se la creyese sana. Y si se la pusiese en libertad, su primera acción sería ser fiel a su idea obsesiva: atentar contra la vida de su esposo. No sería improbable que para llamar la atención acerca de su buena conducta cometiese algún acto heroico, como arriesgar su vida en un incendio para salvar a un paciente (aunque el fuego lo hubiese provocado ella) o sacar de la piscina a alguno medio ahogado (aunque fuese ella misma quien le empujara para que cayese al agua). Lo difícil, en los enfermos de la modalidad paranoide, era interpretar sin error cuándo actuaban espontáneamente, de acuerdo con su normalidad (porque eran normales en todo lo que no concerniera a su obsesión), y cuándo premeditadamente, para convencer a los demás que ellos no pertenecían, como los otros, al género de los enfermos mentales. La consideró doblemente peligrosa —por su enfermedad y por su inteligencia— y se dis-

puso a tomar medidas muy severas para evitar que dispusiese de nada —en su vestuario, en sus enseres, incluso en sus objetos de tocador— con los que pudiese atentar contra su vida o contra la de los demás.

—Hay algo, señora de Almenara, que quisiera advertirle. Apenas cruce esa puerta entrará usted en un mundo que no va a serle grato.

—Si hubiera podido escoger —dijo ella sonriendo— habría reservado plaza en el hotel Don Pepe, de Marbella, y no aquí.

Sin hacer caso de su sarcasmo, Ruipérez prosiguió:

—No toleramos que unos pacientes hieran, humillen o molesten voluntariamente a los demás. Si un enfermo, por ejemplo, sufre alucinaciones y cree ver al demonio, no toleramos que otro u otros, por mofarse de él, le asusten con muñecos o dibujos alusivos al diablo. Los castigos que imponemos a quienes hacen eso son muy duros.

—Hacen ustedes muy bien.

—Hay un recluso —insistió el médico— que tiene horror al agua. El verla le produce pánico, vómitos, e incluso se defeca encima: tal es el pavor que siente al verla. Otro recluso, apenas lo supo, le echó un balde de agua a los pies. Se le encerró en una celda de castigo, se le alimentó con salazones y se le privó de agua durante un mes, salvo la absolutamente necesaria para evitar su deshidratación. No volvió a hacerlo más.

—Me parece un método excelente, doctor Ruipérez. Los locos son como los niños. No puede convencerseles con razones porque, al carecer de razón, son incapaces de razonar.

—¿Cuento, pues, con su aprobación? —preguntó el médico sin dejar traslucir cierta ironía por la audacia de la nueva loca, que se atrevía a opinar acerca del acierto o desacierto de los métodos empleados.

—¡Cuenta usted con ella!

—Los hay llorones, gritones, mansos, coléricos, obscenos —prosiguió Ruipérez—, y todos poseen una tecla que si se la roza desencadena una crisis.

—¡Hay que evitar rozar esa tecla! —dogmatizó Alice Gould—. ¡Es así de sencillo!

—Pues bien, señora. Ya que la veo tan dispuesta, le confesaré que hay varias cosas en usted que molestarían a muchos y que considerarían incluso como una provocación: su vestido, su broche, su bolso y sus zapatos.

—¡Oh, entendido, doctor! —replicó ella, ofendida—. He traído otra ropa. Si hoy me había vestido así no era ciertamente para provocar o molestar a su interesante colección de monstruos... sino por cortesía hacia usted.

En esto sonaron unos extraños pitidos que parecían salir directamente del corazón del médico. Era la primera vez que la señora de Almenara oía algo semejante. El doctor sacó de su bolsillo un aparato no mayor que una cajetilla de cigarrillos, y exclamó:

—El «chivato» me anuncia que tengo algo urgente en la unidad de demenciados. Montserrat Castell le aconsejará cómo debe vestirse. Espérela usted aquí mismo. Ella vendrá en seguida a buscarla y la pilotará en sus primeros pasos. Yo tengo que retirarme. Le deseo, señora, que su estancia le resulte lo menos penosa posible.

Hizo Ruipérez una breve inclinación de cabeza e inició un ademán de retirarse. Alice Gould le detuvo con voz suplicante:

—Doctor...

Éste se volvió impaciente:

—¿Desea usted algo?

—Sí. Quiero saber cuándo regresa don Samuel Alvar, director de este sanatorio.

—Dentro de cinco semanas más o menos. Ayer inició sus vacaciones.

(«¡Qué extraño! —pensó Alice Gould—. ¡Qué extraño y qué contrariedad!» Mas no expresó con palabras sus pensamientos.)

Quedóse mirando largamente la puerta que acababa de cerrarse. Extrajo de su bolso unos cigarrillos y un mechero de oro blanco. Encendió uno y expelió el humo a pequeñas bocanadas. No había razón alguna para desa-

zonarse. Muy por el contrario, tenía hartos motivos para considerarse satisfecha. No cometió ningún error ante el director suplente. Sus respuestas y su actitud fueron las convenidas y previstas de antemano. Ella estaba allí en misión profesional, con el propósito específico de investigar un crimen, y el hecho de que no creyeran que era detective favorecía sus planes, ya que si alguna vez la descubrían hurgando, preguntando o anotando, atribuirían esta actitud a sus delirios, sin pensar que real y verdaderamente estuviese haciendo averiguaciones para esclarecer un asesinato. Lo que más le angustiaba era el escenario siniestro en el que había de representar su farsa. Ella era incapaz de soportar la visión del dolor humano. No era valiente en presencia del sufrimiento ajeno. Con todo, a partir de ahora, tendría que moverse entre multitud de seres cuyas úlceras no estaban en la piel o en las entrañas, sino en la mente: individuos llagados en el espíritu, tarados del alma. De todas sus investigaciones ésta iba a ser la más ingrata, porque habría de hundir los brazos hasta los codos en heces vivas, en detritus de humanidad.

Dos puertas comunicaban el despacho del doctor Ruipérez con el establecimiento. La primera, situada casi a la espalda del escritorio, daba a la zona antigua (comunicada a su vez con la salida) por donde ella penetró en los dominios del médico; la segunda, frente al escritorio, daba, sin duda, a las dependencias interiores. El médico la había señalado con un ademán, al decir: «Apenas cruce esa puerta entrará usted en un mundo que no va a serle grato.»

Alice Gould la miraba con respetuoso temor.

Ya habían transcurrido varios minutos desde que el doctor Ruipérez le rogó que esperase unos instantes, pues iba a avisar a la persona que la introduciría en aquel mundo: una mujer llamada Montserrat Castell, una loquera probablemente. La mujer tardaba y la ansiedad de Alice Gould crecía. Ya no deseaba que se abriese esa puerta que daba al infierno. Si estuviese en su mano huiría antes de cruzar el umbral de aquella casa de locos. Mas ya no era posible huir. Su suerte estaba echada.

Al cabo de un tiempo oyó introducir una llave en la cerradura. Alguien hurgaba desde fuera sin acertar a abrir. Alice Gould se puso en pie sobresaltada. Cesaron los ruidos y unos pasos se alejaron por la galería.

«¿Por qué esos sustos, Alice? —se dijo a sí misma—. No tienes derecho a perder tu aplomo y tener miedo. Tú y sólo tú eres responsable del incendio que has provocado. Estás aquí voluntariamente, no lo olvides. Nadie te ha obligado a venir. Has aceptado el compromiso de realizar la investigación de un crimen en un manicomio, y has cobrado una fuerte suma por ello. Pecha ahora con las consecuencias. Y sé valiente.»

Oyó de nuevo pasos en la galería. Por segunda vez escuchó el ruido metálico del hierro, machihembrándose en la hendidura. Cuando la hoja de la puerta comenzó a moverse, Alice ahogó un grito.

B

LA CATALANA ENIGMÁTICA

UNA LINDA MUCHACHA deportivamente vestida con unos pantalones vaqueros, una alegre blusa de colores y una chaqueta de lana sin abrochar, asomó entre las jambas. Para Alice fue como la aparición de un ángel, pues había imaginado la llegada de una bruja robusta y desgredada, vestida con bata blanca y enarbolando una camisa de fuerza.

—Soy Montserrat —dijo jovialmente la recién venida. Y al punto añadió—: ¡Uf! ¡Qué señora tan distinguida!

—Es usted una joven muy bonita —comentó Alice con voz débil, devolviendo el cumplido—. ¿Es realmente Montserrat? ¿Montserrat Castell?

—La misma. ¿Por qué me lo pregunta con tanta alegría?

—Porque la imaginaba a usted muy distinta.

—Cuénteme cómo me imaginaba.

—Fea, gorda, baja y fuerte como un toro: capaz de dominar, si llegara el caso, a un loco furioso.

Montserrat rió de buena gana.

—No soy bonita —exclamó sin dejar de reír—, pero tampoco el carcamal que usted imaginaba. En cambio, ha acertado usted en lo de creerme capaz de dominar a un hombre. En efecto, soy capaz. He tomado clases de judo.

—¡No es posible! —palmoteó Alice Gould.

—¿Tanto la sorprende?

—No me sorprende. Me alegra. ¡Porque yo las he dado también! ¡Soy cinturón azul!

—¿Usted...?

—¿Se sorprende?

—Me ocurre lo que a usted: me alegro. ¡Así podremos practicar! Aunque yo soy de muy inferior categoría.

Rompieron ambas a reír con la mayor jovialidad del mundo. Una clara corriente de simpatía fluía en ambas direcciones entre las dos.

—Y dígame, Montserrat, ¿cuál es la misión que desempeña en esta casa?

—En seguida lo verá. Venga usted conmigo y le contaré mis secretos.

Cruzaron el umbral de la puerta por la que Alice sentía tanta prevención, y penetraron en un pasillo, largo y estrecho, bordeado a uno y otro flanco por módulos acristalados y al que llegaban, como afluentes al río principal, otros corredores. No se oía otro ruido que el tecleo monótono de una máquina de escribir. Al fondo del pasaje, un portalón de acero, de mayor envergadura y consistencia, cubría todo el panel. Avanzaron amistosamente agarradas del brazo, como si se conocieran desde siempre.

Alice se detuvo.

—¿Qué puertas son éstas?

—Corresponden a las oficinas.

—¿Y aquella grande, del fondo?

—La llamamos «La Frontera». Ahora estamos en la

«aduana». ¡De todo hablaremos en su momento! Mire: éste es mi despacho. Pase usted. Es pequeño, pero confortable.

Era una habitación muy modesta. El presupuesto del sanatorio no daba para más. Con todo, se veía la mano de una persona delicada, en pequeños detalles, como flores, aunque estuviesen colocadas en un vaso de beber; fotografías artísticas haciendo las veces de cuadros; el buen orden de cada objeto y la absoluta limpieza. Encima de la mesa, un pequeño crucifijo de hueso que imitaba marfil, y, en el suelo, la maleta, el neceser y un saco de mano —todo haciendo juego— que había traído consigo al sanatorio Alice Gould. Tras un pequeño biombo, un lavabo y un espejo.

Tomó Alice asiento en el sillón de un minúsculo tresillo y Montserrat se dejó caer de espaldas sobre el frontero, levantando, al hacerlo, los pies hacia el techo.

—A usted no la han sometido «todavía» a ningún tratamiento, ¿verdad?

—No. «Todavía», no.

—Entonces haremos una pequeña picardía.

Se incorporó con tanta agilidad como se había sentado, levantando para tomar impulso las piernas al aire; entre cerró sigilosamente la puerta y extrajo de un armario una botella de jerez y dos copas.

—¿Está usted segura —preguntó Alice— de que está permitido beber?

—Puede que cuando le hagan el tratamiento se lo prohíban. Entretanto, ¡aprovechémonos!

Llenó ambas copas.

—Chin, chin... —murmuró Montserrat, al golpear cristal contra cristal, a modo de brindis.

—Chin, chin... —repitió Alice maquinalmente.

Y en seguida con añoranza:

—A mi padre, que era inglés, le entusiasmaba el jerez. ¡Lo que ignoraba es que también les gustara a los españoles!

—¿Es usted hija de ingleses?

—Ya hablaremos de mí —respondió Alice—. Ahora ardo en deseos de saber qué hace aquí mi equipaje y cuál es la

misión, en qué trabaja y en qué se ocupa una muchacha tan agradable y tan simpática como usted.

—Se lo diré: yo ingresé aquí como asistente social, hace ocho años...

Alice Gould la interrumpió asombrada.

—¿Ocho años dice? Sería usted una niña...

—No lo crea. Tengo treinta.

—¡Yo no le hacía más de veinte!

Rió Montserrat con la jovialidad que solía. No era la suya una risa fingida ni simplemente cortés. Le manaba espontáneamente del alma, como el agua que rebosa de un manantial.

—Bien, prosigo —dijo Montserrat—. Años después se necesitó un monitor de gimnasia, y gané, por concurso, el puesto de monitor. Más tarde se creó una plaza de psicólogo. Para preparar los tests, estudié a fondo... ¡y la plaza de psicólogo fue cubierta por una psicóloga! Ésos son mis tres puestos «oficiales». Pero, además, me han encargado otras funciones que antes dependían de múltiples personas que, según dicen, no siempre actuaban con acierto. Y una de esas funciones es la que estoy realizando ahora con usted: ayudarla a dar los primeros pasos, informarla de las costumbres obligadas del sanatorio y... siempre que usted me lo permita, aconsejarla.

—No sólo se lo permito, Montserrat: se lo ruego...

—¿Puedo entonces comenzar mis clases?

Bebió Alice un sorbo de jerez, asintió con la cabeza y mostró la mayor atención.

—No sólo ha de cambiarse de ropa, como le ha sugerido el doctor, sino también de nombre. Llámese Alicia simplemente: el apellido ni lo mencione. Para las gentes que va usted a tratar, hasta una fonética extranjera marca un signo de excesiva «diferenciación». Y ya está usted más que diferenciada con su estatura, sus rasgos faciales tan perfectos, su distinción natural y su clara inteligencia para «además» llamarse o vestirse de un modo distinto a como ellos acostumbran a oír o a ver.

—La diferencia que me separa de los otros residentes es

más profunda que la fonética de un nombre o una manera de vestir —comentó Alice, pronunciando cada palabra con intencionada lentitud.

Y humedeció de nuevo los labios en el jerez, bien que apenas lo sorbió.

Sin mirarla directamente a los ojos, y a sabiendas de cuál sería la respuesta, Montserrat preguntó:

—¿A qué diferencia se refiere usted?

—Muy sencillo. Ellos están enfermos. Y yo, no.

Montserrat no hizo comentario alguno. ¡Cuántas veces a lo largo de los años había escuchado la misma cantinela! Pero no era lo mismo oírlos de labios de un ser cuyos rasgos —o cuyos ojos— denunciaban a las claras su deformidad mental, que no de los de esta mujer cuyas ideas y cuyos sentimientos parecían tan bien ordenados y equilibrados como sus movimientos, o como la armonía de los tonos del bolso, los zapatos, el vestido y el equipaje.

—Dentro de unos minutos vivirá usted tres experiencias: una, por cierto, muy entretenida; las otras, no.

—Comencemos por la peor.

—Después de que escojamos la ropa que más le conviene, y ya se haya vestido con ella, habrá usted de entregar (contra recibo y un inventario) todos los enseres que tenga encima, la ropa que lleva puesta y su dinero. Todo —insistió con énfasis—: el reloj, el mechero, el anillo, el broche. En la celda no podrá usted tener nada personal.

—¿Ni algodón?

—Ni algodón.

—¿Ni cigarrillos?

—Ni cigarrillos. De día puede usted fumar, pidiéndoselo al vigilante de turno. De noche, no. Todos sus enseres serán precintados y almacenados, en tanto esté usted en «observación». Y se los devolverán al salir, cuando esté curada o, simplemente, cuando consideren que no significan un peligro para usted o para los demás.

—Ya le dije que no estoy enferma —insistió Alice—: estoy secuestrada. Soy víctima de un secuestro legal.

Apenas lo hubo dicho tomó la copa de jerez en sus ma-

nos. Continente y contenido temblaban entre sus dedos.

—La experiencia «entretenida» —continuó Montserrat haciendo oídos sordos a la declaración de sanidad psíquica de la señora de Almenara— es el test psicológico para medir la edad mental, la capacidad de concentración, la velocidad de decisión, los reflejos y otras cosas similares. Estoy segura de que pasará la prueba brillantísimamente. Pero no es obligatorio que sea hoy. Si se siente usted cansada o deprimida, puede aplazarse para otro día.

—No tengo motivos para estar deprimida —dijo Alice mordiendo cada palabra—. Pero lo cierto es que estoy cansada. Muy cansada.

Dio un brusco giro a su cabeza, como para apartar de la frente un bucle o un pensamiento que la estorbara, y bebióse el contenido de la copa de un solo golpe.

—¿Puedo fumar?

—¡Se lo ruego!

—¿Puedo encender... con mi mechero, por última vez?

—¡Por favor, Alicia!

Encendió el cigarrillo sin poder dominar el temblor de sus labios y de sus manos; pasó la yema del índice por cada una de sus aristas; lo mantuvo un instante en la palma de la mano, como si quisiese grabar en la memoria su peso y su forma, y extendió el brazo hacia Montserrat Castell.

—Acéptemelo, se lo ruego.

La asistente social tomó cariñosamente con ambas manos la que le tendían y se la cerró con el mechero dentro.

—Nos está prohibido aceptar regalos de los residentes. Me jugaría el puesto. Y créame —añadió con voz amistosa— que deseo estar cerca de usted toda la temporada que viva aquí.

—¡Entonces, tampoco lo quiero yo! —gritó Alice Gould. Y llena de despecho lanzó al suelo la pieza de oro blanco.

No tuvo tiempo de arrepentirse ni disculparse. La puerta, que estaba sólo entrecerrada, se abrió con brusquedad. Una sesentona de aire severo (en cierto modo semejante, si no parecida, a como había imaginado que sería Montserrat

Castell) penetró sin llamar. Extendió la vista de un lado a otro, hasta descubrir en el suelo lo que buscaba.

—¡Recójalo! —ordenó con tono y modales que no admitían réplica.

Alice palideció más aún de lo que parecía permitir la blancura natural de su piel.

—Esta señora —intervino Montserrat— no es residente «todavía».

—¡Sí, es residente! ¡Acaban de darme su «ingreso»! ¡Vamos, recójalo!

Alice, señora de Almenara, se inclinó sobre el suelo, recogió con mano temblorosa el mechero y se lo entregó a quien lo pedía.

—¡Guárdelo en su bolso!

Obedeció.

—Cuando terminéis y se haya desnudado, me llamáis —dijo la mujer fuerte. Y sin añadir más, salió.

La nueva reclusa (sólo ahora comprendió que ya lo era) se llevó ambas manos al rostro. No lloró. Su voz se oyó hueca y opaca.

—Juro a Dios que nunca, nunca, volveré a tener, mientras esté aquí, un arrebató de cólera.

Se cubrió los ojos con las manos. Repitió:

—Lo juro ante Dios vivo...

Y una vez más:

—Lo juro.

Montserrat, como si no hubiese ocurrido nada, comentó:

—Esta mujer se llama Conrada Azpilicueta. Es la decana del sanatorio. Ella y yo somos más antiguas que el director y que todos los médicos y los enfermeros. Salvo los pacientes, claro. Hay algunos que llevan aquí más de cuarenta años. Alicia... ¿le sirvo otra copa de jerez?

Alice Gould negó con la cabeza.

—Tal vez lo vaya usted a necesitar...

Negó de nuevo.

—Se me olvidó decirle que hemos recibido órdenes de practicar un trámite que será, sin duda, muy humillante

para usted. ¡A no todos los humilla, por supuesto! Hay algunos que se ríen y se divierten con estas pruebas. Yo no las puedo sufrir. Se trata de cachear a algunos enfermos...: quiero decir algunos residentes, una vez que están desnudos. Deben hacer algunas flexiones y dejarse hurgar en sus partes más íntimas por... por... esta señora que acaba de conocer.

Las pecas que cubrían parte del rostro y el dorso de las manos de Alicia se volvieron cárdenas.

—¿A todos los que ingresan se les hace pasar por esa prueba?

—A todos, no. Sólo a muy pocos: a los drogadictos o a los sospechosos de querer atentar contra su vida o la ajena...

—Pero ¡no es mi caso!

—Tal vez esa estúpida historia del veneno de su historial clínico sea la causa de que...

—¿Piensan que puedo traer veneno escondido en... en esas partes?

—Yo... —precisó Montserrat, eludiendo la pregunta— no asisto nunca a esos cacheos. ¡Es más fuerte que yo!

—¿Y si yo le suplicara, con toda mi alma, que no se fuese? —rogó Alicia con un hilo de voz—. ¡No me deje sola con esa mujer!

—Cada cosa requiere su orden. Antes de desnudarse, veamos si tiene usted ropa que le sirva para diario.

Extendieron las maletas sobre la mesa: faldas de *tweed*, jerséis y chaquetas de Cachemira, ropa interior de encaje, blusas de seda francesas e italianas, zapatos de marca...

—¿No tiene usted unos pantalones vaqueros?

—No...

Conrada penetró en la habitación y husmeó el contenido de la maleta.

—Nada de esto sirve. ¡Vaya usted desnudándose!

La prueba se realizó en el propio despacho de Montserrat, Alice Gould se desnudó despacio, doblando cuidadosamente su ropa sobre la mesa. Tenía los labios apretados y la mirada febril. Montserrat consideró que la nueva en-

ferma tenía una gran facha... vestida: mas no un buen cuerpo desnudo. Tal vez lo tuviera, seguramente lo tuvo cuando era más joven. Pero ya no lo era. Su distinción, su exquisita elegancia eran producto a medias de su modisto y de su apostura. Así, desnuda, parecía un ser desvalido e inerme.

La primera parte de la operación tuvo lugar sobre el sofá donde Alice hubo de tumbarse y ofrecer su cuerpo como a la intervención de un ginecólogo.

—Ahora, póngase en pie y doble las piernas —ordenó Conrada—. Suponga que está en el campo y que se dispone a orinar. ¡Vamos! ¡Hágalo!

Montserrat Castell se volvió de espaldas y se mordió los labios. Consideró la humillación que para esa señora tan exquisita debía suponer someterse a semejante ceremonia. Recordó al Tarugo unos años atrás, radiante por la novedad de esta experiencia, pidiendo a gritos que le hurgasen más adentro del ano, pues era más arriba donde guardaba un secreto.

A las mujeres, esta investigación se hacía por igual en el recto y en la vagina, donde alguna vez ocultaban drogas o limas, o pequeños punzones capaces de matar, o tal vez veneno, cuidadosamente envuelto en bolsitas plastificadas, sin sospechar que nadie pudiese hallarlas en tal escondrijo.

Cuando la degradante y exhaustiva operación hubo concluido, Conrada ordenó: «¡Vístase esto!» Montserrat se volvió hacia Alicia que, así de pie, desnuda, sofocada —con grandes manchas violáceas bajo los párpados—, parecía la imagen misma de la desolación.

—Me han dicho que me vista. ¿Qué he de vestirme?

—Eso... —señaló Conrada.

—¿Puedo... puedo... conservar mi ropa interior antigua?

—Sí —respondió rápida Montserrat, anticipándose a cualquier otra decisión—. Póngasela.

Conrada, entretanto, se lavaba las manos, mirándola vestirse a través del espejo.

—Y antes —preguntó Alice Gould tartajeando de rabia— ¿se las había lavado usted?

Procuró dominarse, pues se había jurado no dejarse llevar por la cólera.

Vistióse Alicia con unos pantalones de hombre, aunque limpios, viejos; unos calcetines, también varoniles; y unos zapatos bajos. En cuanto a la prenda superior no sabía cuál era el revés y cuál el derecho. Era una blusa descolorida, mil veces lavada en lejía. Sobre ella una chaqueta de punto, nueva, pero tan basta y desangelada que daba pena contemplarla. Conservó, como hemos dicho, su ropa interior como reliquias de su pasado. Cuando hubo concluido de vestirse, declaró:

—Estoy dispuesta.

Salió Montserrat del cuarto, rogando a Alicia que la esperara, y al poco tiempo regresó: «La ecónoma —dijo— no puede ahora atendernos. Ya nos avisará.»

Sentáronse. Montserrat respetó el tenso silencio de Alicia. Con miradas furtivas, la reclusa contemplaba la parte visible de los calcetines entre los bastos zapatos de lazo y el borde del pantalón hombruno; las mangas de su blusa blancuzca —que no blanca— y que un día fue de colores estampados, algunos de los cuales resistieron heroicamente los embates de la lejía.

Alicia se comparó con un soldado romano. ¡Qué extraña asociación de ideas! Lo cierto es que, llegada la hora del combate, el soldado, armado de todos sus instrumentos ofensivos y protegido por el casco, el escudo y la coraza, se comportaría de otra suerte que si le lanzasen desnudo a un cuerpo a cuerpo con el enemigo.

Ella contaba entre sus armas con su buen gusto en el vestir y su poder de seducción. Tal como la habían disfrazado se sintió inerte y desamparada. La batalla había empezado y la privaron de su armadura. Su osadía no era ya la misma. Sentíase insegura y desmoralizada. Sin su atuendo acostumbrado, Alicia era como un milite romano sin su coraza.

El traje de color crema, con el que llegó al sanatorio, yacía sobre la mesa, caída la falda hasta cerca del suelo y doblado el corpiño hacia atrás, como una mujer muerta, tumbada de espaldas.

—Me dijo usted antes —preguntó Montserrat por romper el hielo— que conocía el judo. ¿Cómo se le ocurrió aprenderlo?

—Soy detective diplomado —respondió secamente Alicia.

La ecónoma asomó el rostro por el vano.

—Cuando quieran.

—Hemos de transportar los bártulos a su departamento —explicó Montserrat—. Yo la ayudaré.

El recuento de la ropa fue exhaustivo, así como los objetos de tocador del neceser y cuanto contenía su bolso y su saco de mano. Todo fue precintado.

—¿Los libros también?

—También.

Éstos eran tres: *Introducción a la Filosofía*, de Koesler; *Antropología del delincuente*, con un subtítulo que decía: «Crítica a Lombroso», y *Dietética, salud y belleza*, de Jeanette Leroux.

—¿El cepillo de pelo? ¿A quién puede molestar que tenga un cepillo de pelo?

Alice Gould estaba sentada frente a la ecónoma, al otro lado de la mesa en que se anotaban cuidadosamente los objetos guardados. La funcionaria, al oír a Alice, tuvo una asociación de ideas, y rogó a ésta que acercara su cabeza. La palpó cuidadosamente y extrajo de su pelo una, dos, hasta diez horquillas. Las contó, las anotó y las guardó. El cabello cuidadosamente recogido cayó, lacio, sobre la nuca.

—¿A todos los que entran aquí los desvalijan de esta manera? —protestó Alicia.

Montserrat prefirió callar. ¿No serían excesivas las precauciones que se tomaban con esta señora? Se guardó muy bien de confesar que el médico había dado instrucciones de que se comprobase que no había algún objeto extraño en las cremas, los tarros, los frascos. Hasta ordenó que se desmenuzase el jabón de tocador. Y que se la privase de la posesión de todo objeto punzante. Pero se abstuvo de informar a la nueva paciente de que un cacheo tan exhausti-

vo era excepcional. Y, como no le gustaba mentir, optó por guardar silencio.

La señora de Almenara se puso en pie.

—¿Qué he de hacer ahora?

—Espéreme en mi despacho —rogó Montserrat.

Cuando regresó, tras unas diligencias, Alice Gould, señora de Almenara —definitivamente Alicia desde entonces— se contemplaba llorando ante el espejo. A la propia Montserrat Castell se le saltaron las lágrimas. En media hora escasa, la dama se había transformado en pordiosera; su elegante atuendo, en un hato de harapos; su cuidado cabello, en greñas; su aspecto había envejecido en diez años; y, al aproximarse a ella, por carecer de tacones, la descubrió más baja. Si esta mutación se había producido en pocos minutos, ¿qué no sería dentro de dos, diez, veinte años?

Cerró Montserrat los ojos para que no se borrara de su memoria, antes que fuera tarde, el recuerdo de la mujer grácil y armoniosa que le sorprendió por su elegante apostura cuando fue a buscarla al despacho del doctor Ruipérez, y se aproximó a la ruina que la había reemplazado.

—Alicia —murmuró—, tenemos ya permiso para entrar. Los reclusos han concluido de comer y se disponen a acostarse. Usted y yo iremos al comedor. Cenaré con usted y más tarde la acompañaré a su celda, que es individual, por ser de pago.

—No tengo apetito para cenar.

—Tenemos que cumplir el reglamento. ¿Vamos?

Junto a la puerta de metal que culminaba el pasillo había un enfermero. Descorrió dos cerrojos y empujó el pesado armatoste.

—Ésta es Alicia, la nueva reclusa.

—Ya sé, ya sé...

—Buenas noches —dijo Alicia cortésmente; pero el hombre no le respondió.

La sala era inmensa y estaba repleta de múltiples mesas y sillas. Sobre las primeras, ceniceros llenos de colillas, y en algunas, juegos de damas, parchís, dados y ajedrez. Se

notaba que la gran sala —o enorme galería— había estado ocupada pocos momentos antes. También había un asiento corrido de cemento que bordeaba —como un zócalo— casi toda la habitación y una cristalera —ahora cerrada— que daba al parque. El techo era muy alto. A una distancia desproporcionada del suelo estaban las ventanas (Alicia las contó: dos, tres, seis...) enrejadas y cubiertas, además, por una telilla metálica.

—Antes —explicó Montserrat—, todas las ventanas estaban enrejadas. Ya no. Estas que ahora vemos son las únicas supervivientes. Hoy los mani..., los hospitales psiquiátricos, están mucho más humanizados. Nuestro actual director ha hecho una gran labor en ese sentido.

—¿El doctor Alvar?

—Sí. ¿Le conoce usted?

—Nos conocemos... indirectamente. A través de un amigo común.

—Esta sala en que estamos —comentó Montserrat— la llaman «De los Desamparados».

—¿Por qué?

Montserrat se limitó a decir:

—Mañana lo comprenderá usted mejor.

Tras varias galerías —todas grandes, todas altas— llegaron al comedor. Aquel edificio —todo lo contrario de una casa de muñecas— parecía construido para gigantes. En el refectorio, muchas mesas —de treinta o cuarenta cubiertos casi todas—, de las cuales sólo una estaba ocupada por un inmenso hombretón, de cara desvaída y cabeza desproporcionadamente pequeña para su cuerpo, al que una enfermera daba de comer, llevándole la cuchara a la boca, como a un niño.

Alicia y Montserrat se sentaron alejadas de él.

—¿Está parálítico? —preguntó Alicia.

—No. Es un demenciado profundo. No es ciego, pero no ve; no es sordo, pero no oye. Tampoco sabe hablar ni andar. Su cerebro está sin conectar. Es como una lámpara desenchufada.

—¿Y siempre ha sido así?

—No. Se ha ido degradando lenta, progresiva, irreversiblemente.

—¿Es peligroso?

—¡En absoluto! Si lo fuese, estaría en lo que algunos llaman, ¡muy cruelmente!, la jaula de los leones.

—¿Qué significa eso?

—La unidad en la que residen los más deteriorados.

Comieron en silencio un guiso de patatas cocidas con algunos trozos, pocos, de pescado, excesivamente aliñado todo ello con azafrán. El alimento estaba tan amarillo por la especia, que parecía de oro. De postre, dos manzanas.

A media comida, concluyó la del otro comensal. La enfermera, con alguna dificultad, logró ponerle en pie, alzándole por las axilas. Retiró la silla que había tras él, y se fue, llevándose el plato. El hombre quedó de pie, inmóvil, los brazos separados, los hombros encogidos, en la misma postura que le habían dejado, tal como si siguiesen alzándole por los sobacos.

—¿Se va a quedar solo? —preguntó Alicia.

—No. En seguida vendrán dos enfermeros a desnudarle y acostarle. Le llamamos «el Hombre de Cera» porque mantiene la postura en que le colocan los demás. Y no la cambia jamás ni puede cambiarla.

—¿Aunque hubiese un incendio?

—¡Aunque lo hubiese!

—¿Cómo se llama ese mal?

—Es una variante de la catatonía.

—¿Sufre mucho?

—No; no sufre.

Hubo una pausa.

—¿Y usted, Alicia? ¿Sufre usted?

—Yo estoy resignada.

—Cuando usted quiera, la acompaño a su cuarto.

Penetraron en una nave tan grande como las acostumbradas. Una mujer —que no era Conrada, aunque se asemejaba a ella— sentada en una silla, junto a la puerta, hacía de cancerbero de aquel recinto.

—Ésta es Alicia, la nueva. Como hoy es su primera no-

che, le voy a hacer un poco de compañía —explicó Montserrat.

—Está prohibido.

—Ya sé, ya sé...

—Vaya con ella, pero que conste que está prohibido.

—Gracias —murmuró Alicia.

La guardiana simuló no haber oído y se cruzó de brazos.

El gran pabellón estaba dividido en dos bloques desiguales por un pasillo. Según se avanzaba, el bloque de la izquierda —que ocupaba un quinto del gran pabellón— correspondía a las habitaciones individuales; y el de la derecha, que ocupaba los otros cuatro quintos, al dormitorio colectivo de mujeres. Eran cuadrículas pequeñas y sin techo dentro del gran pabellón, del mismo modo que las celdillas de las abejas abiertas en el conjunto de un panal. Pronto supo Alicia que no era el único dormitorio. Allí sólo dormían las tranquilas. Tanto la pared del pasillo que daba a la pieza colectiva como la que bordeaba los cuartos de una sola cama estaban agujereadas por ventanucos sin cristal, de modo que la guardiana de noche pudiese observar lo que ocurría, lo mismo en el interior del bloque multitudinario como en el de las celdas privadas. De aquél llegaban murmurios, risas contenidas, cuchicheos apagados. Las reclusas debían de estar acostadas, mas no dormidas.

—Ésos son los servicios y los lavabos —explicó Montserrat, señalando unas puertas lejanas—. Mas para ir a ellos, de noche, hay que pedir permiso a Roberta, la vigilante nocturna.

Sobre la cama de Alicia había un camisón de tela blanca, de mangas cortas, sin lazos ni botones.

—¿No puedo limpiarme los dientes?

—Mañana le darán todo lo necesario.

—¿Ni cepillarme el pelo?

Montserrat negó con la cabeza.

—¿Ni darme una crema hidratante en la cara?

Nueva negativa.

—A mi edad, si no se cuida la piel se reseca en seguida, y se agrieta y llena de arrugas.

—No faltarán ocasiones en que yo pueda hacer alguna trampa para usted... como la del jerez de hoy. Mas por ahora le conviene cumplir el reglamento lo más estrictamente posible. Y no distinguirse en nada de las demás. Dígame, Alicia, ¿quiere que me quede un rato mientras se acuesta?

Alicia movió afirmativamente la cabeza.

—Mañana —explicó Montserrat mientras aquélla se desnudaba— en cuanto suene el timbre va usted a los servicios. Roberta le asignará un lavabo y una hornacina para sus cosas de tocador. Muy pocas, ¿sabe? Un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico, un jabón y un peine. En treinta minutos todos deben estar vestidos. Después cada uno arreglará su cuarto, hará las camas y fregará un trozo de pasillo. La limpieza es la norma de esta casa. ¡Hace sólo quince años esta nave parecía una porqueriza o un corral de gallinas! Y ahora, ya ve usted, está más limpia que los chorros del oro. Tenemos un gran director. Hay un recreo de media hora antes del desayuno —prosiguió— en el que se reúnen los inquilinos del pabellón de hombres y de este de mujeres. ¡Después... más de doce se enamorarán de usted!

Alicia la interrumpió.

—¡Montserrat! ¡Mi cuarto no tiene techo!

—Es una medida de prudencia, para el caso de que las puertas quedasen bloqueadas por dentro. Y no olvide que muchos padecen claustrofobia.

Metióse Alicia en la cama y la Castell sentóse en su borde.

—¿Por qué es usted tan buena conmigo?

No esperó a que la contestasen.

—¡Odio que me compadezcan! No soy digna de compasión, puesto que no estoy enferma. Pronto todos lo comprenderán, y saldré de aquí; pero hoy, ahora, tengo miedo. No quiero que apagen la luz. Dígale a la hermana de Conrada que no la apaguen...

—¿Cómo sabe que la guardiana de noche es hermana de Conrada?

—Usted me lo dijo antes.

—No. No se lo dije.

—Lo habré adivinado —comentó Alicia. Y siguió hablando entrecortadamente como si jadeara. La tensión emocional se reflejaba en su rostro—. ¡Dígale que no apague la luz, y que no asome su horrible cabeza por ese agujero que hay en la pared! Se me paralizaría el corazón. Déme la mano, Montse. Ha sido usted muy buena conmigo. No se marche hasta que me haya dormido. Gracias, gracias, que Dios se lo pague. Apriéteme fuerte la mano y no se vaya. Estoy muy cansada...

Minutos después las luces fueron apagándose, manteniéndose sólo encendidas las que bordeaban el inmenso pabellón, de modo que la celda quedó en una vaga penumbra. Las voces, risas y toses del dormitorio común fueron también cediendo. Cuando la consideró dormida, Montserrat despegó suavemente los dedos de Alicia que oprimían su mano; la besó en la frente, y se fue. Los quehaceres de la jornada no habían concluido para ella.

Pero Alicia no dormía.

Súbitamente, la cabeza de la hermana de Conrada asomó por la ventana abierta sobre su celda. Alicia, que no se esperaba esta aparición, no pudo evitar un sobresalto y dio un grito. Al instante, en el dormitorio común, se oyó un alarido —provocado, según supo después, por su propio grito—; al alarido siguió un llanto quejumbroso; al llanto, un clamor horrisono y espantable, como el aullido de un lobo. Y a poco se organizó un guirigay de lamentos, ayes y voces, en el que participaron casi todas, por no decir todas, sus vecinas de pabellón, y que llenó de pavor a la nueva reclusa. Sobre aquel estruendo, destacó como un trueno la voz de Roberta, dominando a todas:

—¡A la que grite la saco a dormir al fresco, entre culebras!

Cesaron los gritos, pero prosiguieron los lloros.

—¡Y a la que lllore, también; que sé muy bien quién es!

Se aplacó el llanto, pero siguieron los hipidos. Se oyeron los pasos secos y rápidos de la guardiana de noche y, al punto, dos sonoras bofetadas. Se hizo el silencio. A poco la puerta de la celda de Alicia se abrió y entró Roberta con

la palma de la mano extendida y amenazadora. «La nueva» —como la llamarían durante muchos días— se irguió en la cama y la contempló con tal autoridad que la mano de la guardiana de noche se distendió: «¡Atrévase!», parecía expresar Alicia, sin pronunciar palabra.

—¡Estúpida! —se limitó Roberta a decir.

Alicia se deslizó entre las sábanas y cerró los ojos. El corazón le batía en el pecho. Pensó que aquella noche le sería imposible conciliar el sueño. ¿Cuántas locas habría allí, en el dormitorio común? ¿Cómo serían? ¿Qué edades tendrían? ¿Cuáles las malformaciones de sus mentes? Pero también había oído gritos del lado de acá; en las celdas individuales que eran —según supo después— unas de pago, y otras para enfermas características: las llamadas «sucias», que se excrementaban al dormir; las que no podían valerse por sí mismas, las sonámbulas, las epilépticas y las que añadían a su cuadro clínico la condición de lesbianas.

Entre aquel mundo, sumado al de los hombres, que pernoctaban en otros pabellones, habría de descubrir a un asesino, autor material de un crimen, o bien a su inductor; o, por ventura, a ambos.

Alicia deseaba dormir para estar lúcida y despejada a la mañana siguiente. Mas entre el querer y el poder media un abismo. Estaba físicamente cansada, pero su mente no cesaba un punto de maquinarse y ese galán esquivo que era el descanso parecía haber renunciado definitivamente a visitarla. Cuando al fin consiguió adormecerse tuvo un sueño tan profundo cuanto parlanchín desasosegado. Soñó que un león la trasladaba entre sus poderosas mandíbulas hacia un lugar incógnito, sin hierirla ni siquiera dañarla. El león penetró en una cueva tenebrosa cuya luz se iba apagando a medida que profundizaba en ella. Cuando la oscuridad fue tal, dejó de tener conciencia de sí misma.